

que amb el títol de *Notas tristes* hi ha a la fi del llibre, notes tristes dels fulls de sa cartera, hi ha quelcom de la materia hermosa qu'hauria posat per donar forma, al squelet de plans: de les obres que quedaren per a fer:

*El Vuid* havia d'esse l llibre en què havia d'explicar lo no rès de la vida; lo vuid que trobava arreu, novela sense argument a ont hauria aparegut un mond plè de tristeses, de vaguetats i dubtes.

En *S'accosta la tardor* (epoca en qu'ell s'entornava a Madrid) havia d'expressar la recansa de deixar la terra nadal, els jardins del Camp i amb ells les amistats i affectes de son cor, al entornarse al altra banda del Ebre a patir l'anyorança del desterro.

De sos projectes dramatics sols diré que volia fer un Thetre impressionista i symbolista de força aixecada; una petita ideia ne donen els bocins, els assaigs que hi ha en el llibre, i que foren trets de ses notes manuscriptes.

Peró una de les coses per ell més somniades era la Trilogía: lo llibre blanc, lo llibre blau i l llibre negre; en el primer hi pintava l'infantesa, l'ignoscencia i l candor. Una noia vestida de blanc camina pel jardí blanc, plè de margarides i gardenies, lliris i roses blanques qu'olorava am devoció. Lo blau, symbolisava la joventud, i apareixien l'illusió, l'amor, la sperança, i un desitj envers quelcom ignot; com flors qu'exclaten en el jardí de la vida, am força i ufania sota un cel blau.

Lo negre, era l llibre de la tristor, de la fosca, de la mort, de lo desconegut, de la nit de la vida, i l'acció començava en un jardí de tombes, sembrat de pensaments, en un cementir un die nuvol.

Tenia una pila de pensaments arreplegats per a formar aquesta toia de chrysanthèmes symboliques, per a fer aqueix quadro de paraules a ont hauria explicat lo blanc, lo blau i lo negre de la vida.

Tot aixó ho contá moltes vegades; en nostres dolces converses, que tant ens delitaven, brotant-li de sa pensa, a dojo, pensaments hermosos, hardits, originals sempre, ¡tant de bó hagués pogut tachygraphiar-les que prou donarien materia per un altre llibre de spontania poesia.

En aquells temps en que les nostres illusions volaven com papellons per les flors, ell tenia l'illusió de un llibre, ja l té; si és veritat que l esperit descarnat de l lastre de la materia viu una vida de superior perfecció a llá en l'ultra tomba; ¡com gaudirá l'anima del Hortensi al veure la seva illusió realisada, al contemplar en un pom les fulles, pocelles i flors de sa fantasia!...

I ara, prou; perdoneu-me estimats lectors, si donant sbarjo al meu cor m'en hai anat quelcom del théma, a ci faig punct i sols vos dic: llegiu, llegiu *Florescencia* i endevinareu les altres flors qu'havien d'exclatar.

**Michel Ventura Balanyá.**

Madrid, 20 abril 1902.



#### DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

Ha muerto el Dr. Robert. Nada podemos añadir á lo mucho que durante estos pasados días se ha dicho en los círculos científicos y en la prensa profesional y política, pero ya que nada podemos decir de nuevo, séanos permitido depositar una lágrima sobre su tumba y llorar con amargura infinita, sin posible consuelo, la pérdida del sabio, del gran médico, del profesor insigne, del maestro querido, de cuya fecunda savia se ha nutrido la mayor parte de la viviente generación médica catalana.

No era el Dr. Robert hijo de Cataluña, ni hijo de España, nació en Méjico, si bien desde sus primeros años vivió entre nosotros, en la hermosa y juguetona Sitges. Puede considerarse como catalán y como español y su glorioso nombre á Cataluña y á España pertenece por igual.

Desde sus primeros años manifestó felices disposiciones para el estudio, siguiendo la carrera de Medicina, distinguiéndose como alumno, más tarde como profesor auxiliar y luego como catedrático de la asignatura de Patología y Clínica Médica.

Ya joven, apenas doctorado, supo con su saber conquistar las inteligencias. Sus conferencias, sus lecciones en el anfiteatro anatómico, á la vista del cadáver, atrajeron una concurrencia enorme. La fama de Robert se extendió rápidamente, fama que no le abandonó jamás, acompañándole hasta más allá de su tumba.

Era preciso, para comprender la personalidad médica del Dr. Robert, verle en las salas del hospital entre los enfermos y rodeado por los alumnos y profesores. Allí y solo allí aparecía el gigante, allí y solo allí se descubría el coloso. Los problemas más intrincados de la clínica los resolvía con facilidad suma su privilegiado cerebro. Nada escapaba á su mirada investigadora. Poseía lo que se llama *ojo clínico*. No necesitaba anonadar de preguntas, no necesitaba acudir á todos los medios de exploración imaginados para llegar á la exactitud diagnóstica; le bastaban pocos síntomas, los más aparatosos, y es que sus sentidos, por modo espontáneo, recogían la imagen de cuanto de anómalo existía en el enfermo, almacenándolo en el cerebro y la ideación con rapidez suma, evocando semejanzas y diferencias, com-

parando imágenes anteriores con las actuales, constituía un organismo tipo dentro de lo anormal con sus piezas descompuestas, llegando á una exactitud diagnóstica tal, que pocas, muy pocas veces se apartaba lo concebido por el espíritu con lo que á la vista se tenía como á comprobante.

La clínica era el fuerte del Sr. Robert. Nadie dudaba de sus diagnósticos, y la duda no cabía, porque ante los ojos de los oyentes ponía de manifiesto las entrañas, descomponiendo el organismo, practicando la autopsia en vida, y luego procedía á la síntesis, recomponiendo lo descompuesto, articulando unas víseras con otras víseras y haciéndolas funcionar morbosamente, adaptándose con exactitud maravillosa la realidad viviente con la concepción intelectual del maestro.

Era de ver al Dr. Robert en la cátedra y en el hospital. Se elevaba siempre á gran altura al discurrir sobre una determinada enfermedad y sobre un determinado enfermo. Su elocuencia era arrebatadora, teniendo mucho de vívido. No se estaba tan solo frente á frente del catedrático, con su cabeza iluminada por el génio, se estaba viendo al enfermo con sus dificultades respiratorias, con su corazón perturbado, con sus anhelos, con sus silencios de muerte, con sus exaltaciones delirantes, con sus gritos de dolor. El Dr. Robert era elocuentísimo. De voz bien timbrada, de una claridad extraordinaria, matizada de infinitos tonos, acompañada de gestos expresivos, pero á la vez de una sencillez encantadora. La palabra brotaba de sus labios con facilidad maravillosa. Al abrir sus hermosos ojos, que cerraba al concentrar sus pensamientos, cual si en el sueño buscara la inspiración, al mover las arrugas verticales de su serena frente esperábamos todos un canto sentido, una estrofa preciosa, una página inmortal para el grande libro de la clínica.

Inquietos los ánimos de los alumnos cuando había de debatirse en la cátedra un problema de clínica médica, ya la resolución de un diagnóstico, ya la mejor manera de reglamentar un tratamiento. Los alumnos, como es natural, no hacían más que divagar, trayendo á cuento mil teorías. De todo se hablaba menos del enfermo, y los alardes de erudición eran el verbo de la mayor parte de los discursos. El maestro reasumía la discusión. Cada resumen era una lección tan profunda como luminosa, tan sabia como práctica, una joya de ciencia y de arte, constituyendo un faro de luz esplendorosa para guía de las inteligencias en el proceloso mar de la práctica. El problema cuya resolución se perseguía giraba entorno de su propio círculo, la solución se concretaba al hecho planteado por la naturaleza y no al problema planteado por el espíritu, deseoso siempre de vivir de abstracciones.

La Medicina española apenas se ha movido del campo de la pura observación para penetrar en el dilatado terreno de la experimentación, medio prodigioso de progreso, pero la Medicina práctica, lo que se entiende por Medicina en su vulgar acepción, tiende á una resultante: á la curación de las enfermedades. Los medios de investigación son infinitos en número, han aumentado al compás de los siglos, pero el terreno de aplicación es uno para el práctico: el enfermo. La clínica es una síntesis de todos los conocimientos que integran las ciencias médicas, síntesis de aplicación y jamás será buen clínico quien desconozca las ciencias médicas y sus auxiliares. Hoy la clínica necesita del concurso de todas las ciencias naturales, necesita de la física, de la química y de la biología en sus innumerables ramas. No hay que decir que el Dr. Robert profundizaba todas estas ciencias.

La Medicina actual pasa por un período de incitante transformación. Las teorías se renuevan continuamente, los hechos se interpretan de mil maneras, todo envejece prematuramente, pero ante el mar movidizo quedan los hechos de observación, resistiendo cual roca granítica los embates de las tempestades. El divino Hipócrates, observador sin igual, aún hoy, después de siglos, es la admiración de los hombres. Hipócrates no hacía más que retratar fielmente la naturaleza, dejando á otros espíritus la interpretación de los fenómenos.

Nada más movible que la terapéutica. Los más diferenciados sistemas se preconizan para curar una determinada enfermedad. La terapéutica moderna, hartamente olvidadiza del enfermo, tiende á la generalización, y vacila y fluctúa siendo causa del escepticismo reinante. El Dr. Robert, conocedor cual nadie de las ciencias de las indicaciones, también era escéptico hasta cierto grado. Confiaba más de los esfuerzos de la naturaleza que de los esfuerzos del arte, ponía más fé en los procedimientos naturales que en los procedimientos de las drogas farmacéuticas. No significa lo dicho que el Dr. Robert fuera espectador de la escena morbosa, no, porque el Robert fijaba las indicaciones con exactitud matemática y las cumplía con admiración de todos, pero pesando antes de intervenir el pró y el contra. ¡Cuánto arte, cuánta ciencia encerraba una de sus más sencillas fórmulas! Nada había de más, nada había de menos. Manejaba las armas medicamentosas con una precisión admirable. No se llega á la perfección sin un profundo estudio de las enfermedades y del enfermo.

F. Llauredó.

(Se continuará.)

